

tan insolentes y tan mordaces, que adorando al divino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria no la dejan hueso sano; y más de dos libros de á fólío he visto yo recogidos por la Inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores y aún al mismo Papa, sin que los mecenas hagan duelo de eso ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la historia, de que jamás haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado; siendo así, que muchas veces las ha habido por quitame allá esas pajas. Digo, que aunque todo esto sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refran, que dice: *Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*; y de una manera ó de otra, es indispensable de toda indispensabilidad, que toda dedicatoria bien hecha se abra por este tan oportuno, como delicado y verdadero pensamiento.

CAPÍTULO IX.

EN QUE SE DA RAZON DEL JUSTO MOTIVO QUE TUVO NUESTRO GERUNDIO PARA NO SALIR TODAVÍA DE LA GRAMÁTICA, COMO LO PROMETIÓ EL CAPÍTULO PASADO.

ADMIRADO estará sin duda el curioso lector, de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente, como salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundio, todavía le dejemos en ella, oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor, contra la fé de la historia, ó á lo ménos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quiere tener un poco de paciencia y prestar oídos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion con que ya en lo interior de su corazón nos ha condenado sin oírnos.

2. Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no solo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro; ¿qué escritura de obligacion hace el autor con el lector para obligarle á eso ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos, que autores, que no son ranas, ponen á sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parentesco con lo que se

trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra, ni por eso han perdido casamiento. Verbi gracia al leer el título de *Margarita Antoniana*, ó de *Antoniana Margarita*; con que bautizó su obra el famosísimo español Gomez Pereyra, que fué el verdadero patriarca de los Descartes, de los Newtones, de los Boyles y de los Leibnitzes; ¿quién no creerá, que va á regalarnos con algun curiosísimo tratado sobre aquella margarita, ó aquella perla, que valia no sé cuántos millones, con la cual, desatada en vino ó en agua (que esto aún no está bien averiguado), brindó Cleopatra á la salud de su Antonio, ó se la dió á éste de colacion en un dia de ayuno, que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues nó, señor, no es nada de eso. La *Antoniana Margarita*, no es más que un delicadísimo tratado de filosofía, para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar á juicio con esta ocasion, otras muchas opiniones de Aristóteles, que por larga série de siglos estaban en la quieta y pacífica posesion de ser veneradas en las escuelas, no solo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que solo el dudar de ellos seria especie de herética pervedad: y no obstante aquel travieso, sùtil y litigioso gallego, se atrevió á ponerles á pleito la propiedad, ya que no pudiese litigarles la posesion; ¿pero por qué puso á su obra un título tan distante del asunto? ¿por qué? por una razon igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se la impugnará: porque su padre se llamaba Antonio, y su madre Margarita, y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario por sus almas, quiso á lo ménos dejar fundada esta agra-

decida memoria. Pues que se me vengan ahora á hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3. Amen de eso: por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religion? Y no obstante; ¿cuántas veces vemos, que nada de lo que se decia al principio del capítulo sale después al fin de él? ¿y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nulo, precisamente por este motivo? Finalmente, si un pobre autor comienza á escribir un capítulo con buena y sana intencion de sacarle moderado y de justa medida y proporcion, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y después se atraviesan otras mil cosas, que ántes no le habian pasado por el pensamiento, y le dá gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia ni disimularle esta flaqueza, siendo así que á cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies, que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspavientos, ántes bien se llevan en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos? Y vamos adelante; ¿pues por qué no se usará la misma caridad y se ejercitará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? fuera de que ¿no seria gran lástima, que solo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos á nuestro Gerundio de la gramática ántes de tiempo, y sin haber oido otras lecciones, no ménos curiosas, que necesarias, con que enriquecia á sus discipulos el pedantísimo maestro?

4. Deciales, pues, que en sus composiciones latinas,

fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Ciceron ni alguno de aquellos otros estilos, á la verdad propios, castizos, perspicuos y elegantes; pero por otra parte tan claros y tan naturales, que cualquiera lector, por voto que fuese, comprendia luego á la primera ojeada lo que le querian decir. Esto por varias razones, todas á cual más poderosas: la primera, porque hasta en las Sagradas Letras se alaba mucho á aquel no ménos valeroso que discreto héroe, que trataba las ciencias magníficamente: *Magnificè etenim scientiam tractabat*; y ciertamente nada se puede tratar con magnificencia, cuando se usa de voces obvias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque sino se procura tener atada la atencion de los lectores y de los oyentes con la obscuridad, ó á lo ménos con que no esté á primer fóllo la inteligencia de la frase, enseña la experiencia, que unos roncan y otros piensan en las habias, por cuanto es muy volátil la imaginacion de los mortales. La tercera, porque miétras el lector anda revolviendo Calepinos, Vocabularios y Lexicones para entender una voz, se le queda después más impreso su significado, y á vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La cuarta y más poderosa de todas, para que sepan esos extranjerillos, que notan el latin de los españoles de despeluzado, incurioso ó desgreñado, que tambien acá sabemos escribir á la papillota, y sacar un latin con tantos bucles, como si se hubiera peinado en la calle de San Honorato de París: lo que no es posible que sea miétras no se anden á caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5. Ahí teneis al inglés ó al escocés Juan Barclayo (que yo no tengo ahora empeño, en que fuese de Lóndres ó de Edimburgo), el cual no dirá *exhortatio*, aunque le quemen, sino *parænesis*, que significa lo mismo, pero un poco más en griego; ni *obedire* por obedecer, que lo dice cualquier lego, sino *decedere*, que, sobre tener mejor sonido, es de significado más abstruso, por lo mismo que es equivoco. Llamar *Prologus* al Prólogo; ¿qué lego no entenderá ese latin? llamarle *Proæmium*, suena á zaguan de lógica: *Præfatio*, parece cosa de misal, y luego ofrece á la imaginacion la idea del Canto Gregoriano: llámese *Alloquium*, *Ante-loquium*, *Præloquium*, *Præloquutio*, y dejadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámesele siempre en latin *Stilus didascalicus*, y caiga quien cayere: cuando se quiera notar á algun autor latino, aunque sea de los más famosos, de que aún no ha cogido bien el aire de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el propio de la suya nacional, dígase, á Dios te la depare buena, *redolet Palavininitatem*; porque si bien es así, que todavía no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, cualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino, que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho, que ni á mí ni á algun otro preceptor, maestro ó doctor apellideis jamás con los vulgarísimos nombres de *doctor*, *magister*, *præceptor*; ¡Jesus, qué parvulez y qué patanismo! A cualquiera que enseñe alguna facultad, llámadle siempre *Mistagogus*; porque aunque es cierto que no viene á propósito, aún el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que

presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba. Es de la mayor importancia: cuando leais alguna obra latina, de las que *están más en voga* (frase que me cae muy en gracia), decir de cuando en cuando: *hic est Trasonismus*, este es Trasonismo: y no os dé cuidado, que vosotros ni los que os oyeren entendais bien lo que en eso quereis decir; porque yo os empeño mi palabra, de que los dejareis aturrullados y arqueando los ojos de admiracion. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamás trabados los diptongos de *a y e*, ni de *o y e*, como lo han hecho hasta aquí muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo, v. g. *feminae* en lugar de *feminæ*, y *Phoebus* en vez de *Phæbus*: con no contar las datas por los dias del mes, sino por las Kalendas, los Idus y las Nonas; con guardaros mucho de no llamar á los meses de Julio y Agosto con sus nombres sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y *Sextilis*, como se llamaban *in diebus illis*; y finalmente con desterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas, en vez de números, y esas dibujadas á la antigua: v. gr. para poner *anno millesimo septingentesimo quinquagesimo quarto*, año de mil setecientos cincuenta y cuatro, no poner, como pudiera un contador ó un comerciante, *anno 1754*, sino *anno M.DCC.LIV*: digo, hijos míos, que con solo esto podeis echar piernas de latin por todo el mundo: *et peream ego, nisi cultissimi omnium latinisimorum hominum audieritis*.

6. Muy atento estaba nuestro Gerundio á las lec-

ciones del dómine, oyéndolas con singular complacencia, porque como tenia bastante viveza, las comprendia luego; y por otra parte, como eran tan conformes al gusto extravagante con que hasta allí le habian criado, le cuadraban maravillosamente. Pero como vió, que el dómine inculcaba tanto en que el latin fuese siempre crespo, y todo lo más oscuro que fuese posible; y por otra parte en fuerza de la inclinacion que desde niño habia mostrado á predicar, su padrino el licenciado Quijano le habia enviado los cuatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisiense, que murió en el año 1514, los cuales por ser de un latin muy llano, muy chavacano y casi macarrónico, los entendia perfectamente Gerundico, dijo al dómine muy desconsolado, hablándole en latin, porque habia pena para los que en el aula hablasen en romance: *Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini, quos ego habeo in pausatione mea, non valebunt nihil, quia sunt plani; et clari sicut aqua*. Pues, señor, segun eso unos sermones latinos que yo tengo en mi posada, no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua; *¿Qui sunt hi sermones?* le preguntó el dómine; *¿qué sermones son esos?* *Sunt cujusdam prædicatoris*, respondió el chico, *qui vocatur Joannes de... non me recordor, quia habet apellitum multum enrebesatum*: Son de un predicador que se llama Juan de... no me acuerdo, porque tiene un apellido muy enrevesado: *¿De quo agunt?* le volvió á preguntar el dómine; *¿de qué tratan?* *Dómine*, respondió el muchacho, *de multis rebus, quæ faciunt ridere*: Señor, de muchas cosas que hacen reir. Anda, vé y tráelos, le dijo el precep-

tor, y veremos qué cosa son ellos y qué cosa es el latín.

7. Partió volando el obediente Gerundio, trajo los sermones, abrió el dómine un tomo, y encontróse con el sermón 3 de viduitate, dónde leyó en voz alta este admirable pasaje.

8. *Dicitur de quadam vidua, quod venit ad curatum suum, quærens ab eo consilium, si deberet iterum maritari, et allegabat, quod erat sine adjutorio, et quot habebat servum optimum, et peritum in arte mariti sui. Tunc curatus dixit: Benè accipite eum. E contrario illa dicebat: Sed periculum est accipere illum, ne de servo meo faciam dominum. Tunc curatus dixit: Benè nolite eum accipere. Ait illa: ¿quomodo ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud, quod sustinebat maritus meus, nisi unum habeam. Tunc curatus dixit: Benè, habeatis eum. At illa: ¿sed si malus esset, et velle me disperdere, et usurpare? Tunc curatus: non accipiatis ergo eum. Et sic curatus semper juxta argumenta sua concedebat ei. Videns autem curatus, quia vellet illum habere, et habere devotionem ad eum, dixit ei; ut benè distinctè intelligeret, quid campanæ Ecclesiæ ei dicerent, et secundum consilium campanarum, quod ipsa faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, juxta voluntatem suam quod dicerent: prends ton valet, prends ton valet. Quo accepto, servus egregiè verberavit eam, et fuit ancilla, quæ prius fuerat domina. Tunc ad curatum suum conquesta est de consilio, maledicendo horam, quæ crediderat ei. Cui ille: non satis audisti, quid dicant campanæ. Tunc curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit, quod campa-*

næ dicebant: ne le prends pas, ne le prends pas: Tunc enim vexatio dederat ei intellectum.

9. No obstante la seriedad innata y congénita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetáneo, sincrono y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermón no pudo contener la risa; y para que le entendiesen hasta los niños que habían comenzado aquel año la gramática, mandó á Gerundio que le construyese. Este dijo, que de puro leerle se le había quedado en la cabeza: y que sin construirle, si quería su merced, le relataria todo seguidamente, y aún le predicaria como si fuera mesmamente el mismo predicador. Parecióle bien la proposición, hizo silencio, dando sobre la mesa tres golpes con la palma: plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general: limpióse los mocos con la punta de la capa; hizo la cortesía con el sombrero á todos los condiscípulos, y una reverencia con el pié derecho, á modo de quien escarba; volvió á encasquetarse el sombrero, gargajeó, y comenzó á predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermón de Juan Raulin.

10. « Cuéntase de cierta viuda, que fué á casa de « su cura á pedirle consejo sobre si se volveria á ca- « sar; porque decia, que no podía estar sin alguno « que la ayudase, y que tenia un criado muy bueno « y muy inteligente en el oficio de su marido. Entón- « ces la dijo el cura: Bien, pues cástate con él. Mas « ella le decia; pero está á pique, si me caso con él, « que se suba á mayores, y que de criado, se haga « amo mio. Entónces el cura la dijo: Bien, pues no « te cases tal. Pero ella replicó: no sé que me haga, « porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que

«tenia mi marido, y he menester un compañero que me ayude á llevarle. Entónces la dijo el cura: Bien, pues cástate con ese mozo. Mas ella le volvió á replicar; ¿y si sale malo, y quiere tratarme mal, y desperdiciar mi hacienda? Entónces el cura la dijo: Bien, pues no te cases. Y así la iba respondiendo siempre el cura, segun las proposiciones y las réplicas que la viuda le hacia. Pero al fin, conociendo el cura, que la viuda en realidad tenia gana de casarse con aquel mozo, porque le tenia pasion, dijo, que atendiese bien lo que la dijessen las campanas de la iglesia, y que hiciese segun ellas la aconsejasen. Tocaron las campanas, y á ella le pareció que la decian, segun lo que tenia en su corazón: *cá-sa-te-con-él, cá-sa-te-con-él*. Casóse, y el marido la azotó y la dió de palos tan lindamente, pasando á ser esclava la que ántes era ama. Entónces la viuda se fué al cura, quejándose del consejo, que la habia dado, y echando mil maldiciones á la hora en que le habia creído. Entónces el cura la dijo: sin duda que no oíste bien lo que decian las campanas. Tocólas el cura, y á la viuda le pareció entónces, que decian clara y distintamente: *no-te-ca-ses-tal; no-te-ca-ses-tal*, porque con la pena se habia hecho cuerda.»

11. Aplaudió mucho el dómine lo bien que Gerundio habia entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le habia recitado, conociendo, que sin duda habia de tener mucho talento para predicar: los condiscipulos tambien le vitorearon, y rieron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo á tomar la palabra, hizo algunas reflexiones sérias y

juiciosas, acabando con otras, que no podian ser más ridiculas. Por lo que toca al latin, dijo á sus discípulos, es muy chavacano, y aún los mismos que gustan de latin claro y corriente no le aprobarán, porque ese no tanto es claro y natural, quanto apatanado y soez, en lo cual tenia muchísima razon. Pero habeis de notar una cosa, y es la poca razon que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latin de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad, y diciendo, que siempre hemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto porque hubo tal cual autor nuestro, que realmente escribió en un latin charro y guedejudo, ó como latin de boticario y sacristan. Ea, monsiures, démonos todos por buenos, que si acá tuvimos nuestros Garcías, nuestros Cruces y nuestros Pedros Fernandez, tambien ustedes tuvieron sus Raulines, sus Maillardos, sus Barletas, sus Menotos; y en verdad, que su autor de ustedes, el célebre Monsieur du Cange, en el vocabulario que compuso de la *Baja Latinidad*, la mayor parte de los ejemplos que trae, no los fué á buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes, que cuando allá en su Paris se usaba un latin tan elegante, como el del doctor Juan Raulin, acá teníamos dentro de aquel mismo siglo á los Montanos, á los Brocenses, á los Pereyras, á los Leones, y á otros muchos que pudieran escupir en corro y hablar barba á barba con los Tulios y con los Livios que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia ni de mi mayor devocion.

12. Esto en quanto al latin, dijo el dómine; mas

por lo que mira á la substancia del sermón, continuó, cansándose de hablar en juicio ó dejándose llevar de su estrafalario modo de concebir; por lo que mira á la substancia del sermón, aunque de este predicador no he leído más que este trozo, desde luego digo, que fué uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iría yo hasta el cabo de él solo por oírle. A mí me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias y estos chistes, que sermón en que el auditorio no se ría, por lo ménos media docena de veces á carcajada tendida, no daría yo cuatro cuartos por él, y luego me dá gana de dormir. Yo creía, que esta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir á la gente; pero ahora veo, que todo el mundo es país; y aunque por otra parte siento que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que también participen de ella otras naciones, porque lo demás sería envidia, y una especie de viciosa ambición. No echó esta lección en saco roto nuestro Gerundio; porque como desde niño había mostrado tanta inclinación á predicar, oía con especial gusto y atención todo cuanto podía hacerle famoso por este camino, y desde luego propuso en su corazón, que si algún día llegaba á ser predicador, no predicaría sermón, fuese el que se fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13. Finalmente, el bueno del dómíne instruía á sus discípulos en todas las demás partes de que se compone la perfecta latinidad ó el perfecto uso de la len-

gua latina, con el mismo gusto ni más ni ménos con que les había instruido en el estilo. Decíales, que la retórica no era *arte de persuadir*, sino *arte de hablar*; y que eso de andar buscando razones sólidas y argumentos concluyentes para probar una cosa, y para convencer al entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos, y para los matemáticos, que se andaban á caza de demostraciones, como á caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convencía con cuatro fruslerías, y que para eso se habían inventado las figuras, las cuales eran inútiles para dar peso, á lo que de suyo le tenía, y que toda su gracia consistía en alucinar á la razón, haciéndola creer, que el vidrio era diamante, y el oro el oropel. Enseñábales, que no gastasen tiempo ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es introducción, proposición, división, prueba, confirmación, aumento, epílogo, peroración ni exhortación; porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oración latina con la misma simetría con que se fabrica una casa. No les disimulaba, que Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Longino y Quintiliano habían enseñado que esto era indispensable, no solo para que una oración fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oración; pero añadía, que esos habían sido unos pobres hombres, y porque ellos nunca habían sabido hablar en público de otra manera, dado le ha, que habían de hablar así todos los que habían de hablar bien. Prueba clara de que no tenían razón, eran millares de millares de sermones, que andaban por ese mundo de Dios, impresos de letra

de molde, con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones de hombres muy científicos, y muy sapientes, los cuales habian sido oídos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano, que los sermones no son ó no deberian ser otra cosa, que una artificiosa y bien ordenada composición de elocuencia y de retórica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda esa faramalla y barahunda de introduccion, proposicion, division, etc., sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, á cual más falso, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuasion ni calabaza; y con todo eso fueron aplaudidos como piezas de elocuencia inimitables, y se dieron á la prensa para que se eternizase su memoria. De todo lo cual, legítima y perentoriamente se concluia, que la verdadera retórica, y la verdadera elocuencia no consistia en nada de eso, sino principalísimamente en tener bien decoradas las figuras retóricas con los nombres griegos y retumbantes, con que habia sido bautizada cada una, estando pronto el retórico á dar su propia y adecuada definicion siempre que fuese legítimamente preguntado. Y así, concluia el dómine, dadme acá uno, que sepa bien *quid est Epanorthosis, Ellypsis, Hyperbaton, Paralypsis, Pleonasmó, Synonymia, Hypotyposis, Epiphonema, Apostrophe, Prolepsis, Upobolia, Epitrophe, Periphrasis y Prosopopeya*; y que en cualquiera composicion, sea latina, sea castellana, use de estas figuras conforme se le antojare, vengan ó no vengan, que yo os le daré más retórico y más elocuente, que cien Cicerones y doscientos Demóste-

nes pasados por alambique. Así, pues, todo el empeño del cultísimo preceptor era, que sus muchachos supiesen bien de memoria estas vagatelas; y á los que veia más instruidos y más expeditos en ellas, les decia lleno de satisfaccion y de vanidad: *Andad, hijos, que ya podeis echar piernas de retóricos por todos esos estudios de Dios, y por todos esos seminarios de Cristo*. Con efecto, los retóricos del dómine *Zancas-largas* (este era su mote ó su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la ribera de Orbigo, y por todo lo que baña el famoso rio Tuerto.

14. Finalmente, las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo, lo que les enseñaba eran primas hermanas de las otras, pertenecientes á las demás partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la prosodia, la cantidad de las sílabas, los nombres griegos de los piés, *dáctilo, spondeo, yambo, trochaico, pirrichio, etc.*, aquellos que explicaban la uniformidad ó la variedad de las estrofas, *monócolos, monóstrofos, dicolos, distrofos, telástrofos*, y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos única y precisamente, para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves ó largas por su naturaleza, sin advertir, que esta regla no es absolutamente infalible, por cuanto los mejores poetas latinos hicieron, no pocas veces, largas las sílabas breves, y breves las largas, ó usando de la ciencia poética, ó tambien porque, no embargante de ser poetas, eran hombres y pudieron descuidarse, puesto que tal vez hasta el mismo Homero dormitó. Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen, mas que fuesen

lánguidos, insulsos y chavacanos, y aunque estuviesen más atestados de ripio, que pared maestra de argamasa, no habia menester más para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decia en el tema ó en el romance, para una cuartilla, estas palabras: *Entón-ces se supo con cuanta razon castigó Dios al mundo con el diluvio, y se fabricó el arca de Noé.* Compúsola en verso latino un discípulo de Zancas-largas, y dijo:

Diluviumque, Arcamque Noe, tum quæ ratione.

Por solo este admirable verso, le dió el dómine dos parces y un abrazo, sin poderse contener. En otro tema se decia esta sentencia: *Se deben tolerar las cosas, que no se pueden mudar,* y un chico la acomodó en este bello pentámetro:

Quæ non mutari sunt, toleranda queunt.

Valióle doce puntos para su vanda, y una tarde de asueto. Mandó componer en una estrofa de versos sáficos este breve romance: *Andrés Corbino convidó á Pedro Pagano á que el miércoles por la tarde fuese á merendar á su casa, porque aquel dia se habia de hacer en ella la matanza de un cerdo.* Un muchacho, que pasaba por ingenio milagroso, le llevó el dia siguiente la siguiente estrofa:

*Domine Petre, Domine Pagane,
Corbius rogat, velis, ut Andreas,
Vesperì quarta mactabimus suem,
Ad se venire.*

15. Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró em-

perador perpétuo de la vanda de Roma: hízole tomar posesion del primer asiento ó trono imperial; mandó que provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas y otras yerbas, por cuanto no habia otra cosa más á mano en uno que se llamaba huerto, y era un erreñal de la casa del dómine, mientras se hacia venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó, que desde allí adelante, y por todos los siglos venideros, hasta el fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado por el archi-poeta Parames (era del Páramo el rayo del muchacho) para diferenciarle y no confundirle jamás con Camilo Cuerno, archi-poeta de la Pulla.

16. Pararse el dómine á explicar á sus discípulos en qué consistia el alma y el divino furor de la poesia; pedirle que los hiciese observar el carácter y la diferencia de los mejores poetas; esperar que los enseñase á conocerlos, á distinguirlos y á calificarlos; pretender que los instruyese, en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades; no habia que pensar en eso, porque ni él lo sabia, ni él mismo se pagaba de otra cosa. Naturalmente se le iba la inclinacion á lo peor que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia ó algun sonsonetillo ridículo, insulso y pueril. Por el primer capítulo elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas ó ventosidades poéticas de Ovidio:

*Semi-bobemque virum, semi-virumque bobem:
Egelidum boream, egelidumque notum.*

Y decia con grande satisfaccion, que en este poeta, no encontraba otra cosa que alabar. Por el segundo,

no habia para él cosa igual á aquella recanilla tan ridícula y tan fria de Ciceron, que para siempre le dejó tildado por tan pobre hombre entre los poetas, como máximo entre los oradores:

¡O fortunatam natam, me Consule, Romam!

17. Pero nada le asombraba tanto como el divino ingenio de aquel poeta oculto, que en solas dos palabras compuso un verso exámetro cabal y ajustado á todas las reglas de la prosodia; pero tan escondido, que sin revelacion apenas se puede conocer que es verso. Porque sin ella, ¿quién dirá que lo es éste?

¿Consternabatur Constantinopolitanus?

Y con todo eso no le falta sílaba. Así, pues, todo su mayor empeño y todo su conato le ponía en enseñar á sus muchachos puntualmente todo aquello, que en materia de poesía debieran ignorar ó saberlo únicamente para abominarlo ó para hacer de ello una solemnísima burla, como la hacen cuantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el Parnaso. Por mal de sus pecados habia caído en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo, intitulada: *de Poesia Germanorum symbolica*, de la poesía simbólica de los alemanes en la cual se trata y se celebra la prodigiosa variedad de tantas especies de versos leoninos, alejandrinos, acrósticos, cronológicos, gerglíficos, cancrinos, piramidales, laberínticos, cruciformes y otras mil varatijas como ha inventado aquella nacion, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular, de un gusto tan extravagante que ha dado mucho que admirar y no poco que

reir á las demás naciones, aunque muy rara será aquella á quién no la haya pegado este contagio; bien así como el de las viruelas, que por lo comun solo se pegan á los niños y á los muchachos de corta edad, de la misma manera esta ridiculísima epidemia, por lo regular, solo cunde en poetillas rapaces, que aún no tienen uso de razon poética; y si tal vez inficiona á algun adulto, es mal incurable ó punto ménos que desesperado.

18. A todas las demás castas de versos preferia Zancas-largas, los que son de la peor casta de todos, esto es, los leoninos ó aconsonantados, que fueron en esta opinion muy probable los que introdujeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas ó de consonantes, que con su cola de dragon arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas, quiero decir, que ha sido la perdicion de tan nobles ingenios, los cuales hubieran enriquecido á la posteridad con mil divinidades, y por esos malditos de consonantes (Dios me lo perdone) felizmente ignorados de toda la antigüedad, la dejaron un tesoro inagotable de pobrezas, de impropiedades y de ripios insufribles. Encaprichado nuestro dómine en su mal aconsejada opinion, juraba por los dioses inmortales, que toda la Iliada de Homero, toda la Eneida de Virgilio, y toda la Farfalia de Lucano, no valian aquel solo dístico, con que Mureto hizo burla de Gambarra, poeta antuerpiense, salva empero la suciedad, la hediondez y el mal olor, que eso no era de cuenta de la poesía.

*Credite, vestratum merdosa volumina vatam,
Non sunt Nostrates tergere digna nates.*

19. Por fin y por postre, los instruía en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos y de los anagramas; y de esta última con especialidad estaba furiosamente enamorado. Un anagrama perfecto, decía, es arte de artes, ciencia de ciencias, delicadeza de delicadezas, elevacion de elevaciones, en una palabra, es el *Lydius lapis*, ó la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates; ¿dónde hay en el mundo cosa, v. g. como llamar *bolo* al *lobo*, y *lobo* al *bolo*, como decir *pace* al gato, y *zape* al buey, cuando está paciando? ¿pues qué? si en una oracion perfecta se disimula, no ménos que un nombre y un par de apellidos, sin faltar ni sobrar sílaba ni letra, como por ejemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el frontis de la obra: *Homo impugnat lites*, y concluyéndola con un *pinguet olim*, que vale un Potosí, por cuanto es perfectísimo anagrama de sus dos apellidos, y una y otra oracion tienen unos significados propísimos y que se pierden de vista. Anagramas hay imperfectos, que con ser así que lo son, son de un valor inestimables y en su misma imperfeccion tienen más gracia que toda la que se pondera en las insulseces de Owen y de Marcial. Por ejemplo, el que hizo un anagrama del apellido *Osmu*, y dijo *Asno*, y *sobra una pierna*, ¿no merecia por este solo dicho, que le erigiesen una estatua en el capitolio de Minerva? ¿Y mereceria ménos el otro, habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagrama: *Tú serás cardenal*, pero sobraban dos *ll*, que no podia acomodar, y añadió: *Y sobran dos ll, para látigos de la posta, que*

ha de traer la noticia? Desengañémonos, que esto de los anagramas es cosa divina, digan lo que dijeren media docena de bufones, que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir que aquello de Marcial: *Turpe est difficiles habere nugas, et stultus labor est ineptiarum*, está bien aplicado á los anagramatistas. Y ménos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrian de Valois, que porque él no sabia cual era su anagrama derecho, cantó este bello episonema á deum de dere.

*Cytharædus esse, qui nequit, sit Aulædus:
Anagrammatista, qui Poeta non sperat.*

Vitor; y denle un confite por la gracia. Pues yo le digo, que el que no supiere hacer anagramas, no espere ser poeta en los dias de su vida; y el que los hiciere buenos, tiene ya andado más de la mitad del camino para ser un poetazo de á folio; porque si la poesia no es más que un noble trastornamiento de las palabras, los anagramas no son otra cosa, que un bello trastornamiento de las letras. Y váyase muy enhoramala el otro Colletet ó Coletillo, que dijo con bien poco temor de Dios:

*Eso de hacer anagramas,
Y andar trastornando letras,
Lo hacen solo los que tienen
Trastornada la cabeza.*